

VIOLENTAR EL CUERPO

Mario Orozco Guzmán* y Jeannet Quiroz Bautista**

Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo. México.

RESUMEN

Dentro de la fenomenología de la violencia, que irrumpe en las sociedades con sus efectos de desvinculación y terror constante, habría que situar la que emprenden los jóvenes con sus cuerpos. Este trabajo aporta líneas de reflexión sobre la significación que cobra este ejercicio de encarnizamiento con el cuerpo, de vinculación cruenta con el cuerpo, promoviendo sorpresa y angustia en los que reciben su testimonio.

Palabras claves: cuerpo, violencia, escarificación, anorexia, adolescencia, goce.

VIOLENCE TO THE BODY

ABSTRACT

Inside the phenomenology of violence, which forcibly enters in societies with its decoupling effects and constant terror, we should place the one who young people begin with their bodies. This work gives reflection lines about the significance that involves the cruelty to the body, of malicious vinculation with it, promoting surprise and angst in people who testify this act.

Key words: body, violence, scarification, anorexia, adolescence, joy.

VIOLENTOS EL CUERPO

RESUMO

Na fenomenologia de violência que torna a descoberta em sociedades com os efeitos de terror constante e dissociação, deve ser colocado a violência que os jovens empreendem contra seu próprio corpo. Este trabalho fornece linhas de reflexão sobre o significado deste exercício de violência cometido contra o corpo, de cruéis acarretamentos com o corpo, causando surpresa e angústia em que receberam seu testemunho.

Palavras-chave: corpo, violência, escarificarão, anorexia, adolescência, gozo.

*Dr. en Psicología por la Universidad de Valencia, España. Profesor-Investigador de la facultad de Psicología de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. México. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores SNI. Miembro de Espacio Analítico Mexicano. Correspondencia: orguzmo@yahoo.com

**Mtra. en Psicología. Profesora-Investigadora de la Facultad de Psicología de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Miembro de Espacio Analítico Mexicano. Correspondencia: jaquib@yahoo.com

La experiencia clínica con adolescentes que se escarifican y que presentan el padecimiento de anorexia expone un drama de violencia contemporáneo. Devela una nueva formación de síntoma propia de una coyuntura socio-histórica específica. Desde luego no es posible generalizar experiencias que se dan caso por caso, pero se capta en muchos de estos adolescentes un predominio de relación de odio y sojuzgamiento atroz respecto a sus cuerpos. Con sus cuerpos parecen tomar desquite de sus fracasos o desventuras en sus vínculos y aspiraciones de despliegue como sujetos. Demuestran un terrible ensañamiento en esos actos. Como si el cuerpo fuera otro sujeto con el cual tuvieran que ajustar cuentas pendientes pero de manera bastante cruenta. No parecen tener mucho que decir tanto en las entrevistas como en el proceso analítico. Hablan con su cuerpo y preferentemente hablan de su cuerpo. Freud (1929-30/2000, p. 115) ya había establecido cómo la agresividad que no se manifestaba hacia afuera podía dirigirse contra sí mismo. Esa es parte de la dinámica que aquí se expone. Pero también hemos descubierto que la violencia que se ejerce contra el cuerpo parece derivar de una identificación con un padre terrible, similar al padre primordial mítico descrito por Freud en *Tótem y Tabú*. Es el padre que al sustentarse como dueño de todos los bienes y de todo Bien, como el del cuerpo, asume un derecho absoluto a hacer con él lo que le plazca. Así se trata de un ejercicio extralimitado de poder, que reproduce la imagen de ese padre, y donde, como dice André Green (1999), “lo que en esta situación cuenta es tanto asegurarse un poder como ocupar el lugar del que lo ejerce a fin de impedirle que lo ejerza sobre uno mismo” (p.42). Situarse en el lugar de quien ejerce el poder y ejercerlo contra el propio cuerpo es una apuesta que puede ser exacerbada en los adolescentes.

De esta manera el trabajo se propone dar cuenta de la dinámica subjetiva de ejercicio de un poder violento del yo del adolescente contra un cuerpo que se siente conminado a controlar y dominar.

Desarrollo

El contexto de violencia social se entreteteje con condiciones donde muchos jóvenes están lejos de tener posibilidades de construirse proyectos desde un lugar de sujetos. Proyectos que puedan subtender las derivaciones de su deseo. Proyectos que puedan darle propiamente cuerpo a sus anhelos de despliegue y compromiso solidario con otros. Entonces, los adolescentes toman revancha con sus cuerpos. El escenario de vindicación y reivindicación de afrentas y agravios a su yo resulta ser el cuerpo de los jóvenes. Como lo manifiesta en su testimonio personal Cielo Latini, cuando reflexiona sobre las decepciones que enmarcan su anorexia: “Siempre me la agarré con mi cuerpo para mostrarle a la gente lo que pensaba” (2010, p. 71). En lugar de integrar focos de movilización sociopolítica muchos adolescentes vuelcan su desaliento social en ímpetu de subversión y dominio atroz del propio cuerpo.

Fue Freud (1905/2000) uno de los primeros en lograr discernir algunas vicisitudes de violencia del yo sobre el cuerpo propio o ajeno. La ofrece al adscribir a la estructura pulsional de la sexualidad un componente de agresión. Indicaremos algunas premisas de dicho discernimiento:

1. Avatares del afecto. Freud descubre una forma de violencia contra el cuerpo en la forma de síntoma histérico. La represión recae sobre representaciones que generan dolor a la conciencia, precisamente sobre lo que se conoce como “*der Vorstellungsinhalt der Triebrepräsenz*” (Freud, 1913/1999, p.258), el contenido representativo de la representación pulsional. El cual queda desterrado de la conciencia. Aunque lo reprimido reaparece en la escena de la conciencia atormentándola al cobrar forma de síntoma. Del mismo modo la porción afectiva de aquel contenido sometido a la represión, lo que se denomina como “*Affektbetrag*” (Freud, p. 258), monto de afecto, por ejemplo la angustia o la culpa, se somatiza en un “*überinnervierte Stelle*” (Freud; p. 259), lugar

sobreinervado. Es decir, el afecto recarga el cuerpo o descarga su monto, su peso, su valor, sobre cierto lugar del cuerpo. Es lo que da cuenta del otro costado del síntoma, del costado real del síntoma. Es el afecto sofocado, separado de la representación reprimida, la que vendrá a violentar el cuerpo, al provocarle, en un lugar específico del cuerpo una experiencia de intenso malestar. Ese lugar localiza y focaliza la angustia o la culpa que acompañan a lo que ha sido intolerable para la conciencia.

2. El orden pulsional. Para el yo del sujeto las pulsiones representan las excitaciones provenientes de diversos sectores internos del cuerpo. Ejercen violencia en la medida en que desbordan al sujeto y son indomeñables. Determinan una condición de cuerpo erógeno pues demandan imperiosamente satisfacción. Esta se puede dar de manera primordialmente autoerótica, aunque el montaje pulsional, montaje de placer-displacer se inserta en el cuerpo del otro o inserta al cuerpo del otro. Como dice Lacan: “Lo fundamental de cada pulsión es el vaivén con que se estructura” (Lacan, 2010, p. 185). La estructura organiza un circuito que va del incremento de tensión a la disminución y de ésta a su afán de elevación. La pulsión va y viene del cuerpo, pero también va al cuerpo del otro y viene del cuerpo del otro. Las pulsiones no circulan en solitario, no se reducen a un cuerpo aislado. Implican en su vaivén otro cuerpo que coparticipa de sus demandas y experiencias de satisfacción. En ese vaivén hay violencia desde un principio, según Freud devela, cuando se aproxima a la elucidación de la transformación del sadismo en masoquismo: “El sadismo consiste en una acción violenta, en una afirmación de poder dirigida a otra persona como objeto” (Freud, 1915/2000, p.123). Si tiene este carácter primordial el sadismo (o provisionalmente primordial, pues Freud replanteará la cuestión de un sadismo originario), obliga a interrogarnos: ¿todo sadismo es siempre violento y toda violencia es siempre ejercicio de sadismo? Freud (1915/2000) interpola la

violencia en una condición masoquista donde el sujeto, reducido a piltrafa, a guiñapo manipulado por otro, “goza compartidamente la furia que se abate sobre su persona” (Freud, p.122). Freud introduce un término que sustenta una experiencia donde el placer, en la oscilación con el cuerpo del otro, se amalgama con el dolor. Se trata de la palabra “mitgenießen” (Freud, 1915/1999, p. 220), que alude a “gozar con”. En efecto, el masoquista, pero también el sádico, gozan con el otro, con el goce o con el dolor o la angustia del otro. Es un goce acompañado o que hace compañía y cuyo soporte es el cuerpo, aunque “c'est pas forcément un corps. Parce qu'à partir du moment où on part de la jouissance, ça veut dire que, le corps n'est pas seul, qu'il y a un autre³” (Lacan, 1972). Pero este acompañamiento del goce o este goce que se hace acompañar por otro, por otro goce y otro cuerpo, ejerce violencia en ese traslape de placer y dolor. Se verifica la producción de una experiencia dialéctica en la cual, como afirma Derrida(2001): “el fenómeno del displacer puede traducir algún placer, una experiencia otra, no fenomenal, del placer” (p. 265). Es decir, el principio del placer constituye un límite en la economía de los afectos. Sin embargo, ese límite es superado. Si el displacer puede traducirse en placer y éste en displacer es porque en esa economía de los afectos habría que situar al otro. Incluso al cuerpo como otro o al cuerpo del otro. La experiencia de sujeción violenta del cuerpo rebasa el límite de la economía de los afectos.

3. El padre de la violencia o la violencia del padre. Para establecer el origen, la plataforma fundacional de la ley, Freud recurre al mito de un padre cuyo régimen de poder lo comprendía todo, es decir, lo hacía que comprendiera en sus dominios todas las mujeres y todos los bienes. Los “males” los dejaba a sus vástagos sustraídos de este goce de toda mujer y de todo bien. Este padre primordial, jefe de una horda sometida a su veleidad, era calificado como “un padre violento, celoso, que se reserva todas las hembras para sí y

³No es forzosamente un cuerpo. Porque a partir del momento en que se parte del goce. Eso quiere decir que el cuerpo no está solo, que hay otro.

expulsa a los hijos varones cuando crecen” (Freud, 1913-14/2003, p. 143). Así, el mito propone una violencia original adscrita a un padre egocéntrico y despótico, intolerante y excluyente. Se reserva toda satisfacción y poder para él y destina toda prohibición para los hijos. A su violencia tiránica responde el clan fraterno con violencia, con violencia asesina y caníbal: “los hermanos expulsados se aliaron, mataron y devoraron al padre, y así pusieron fin a la horda paterna. Unidos osaron hacer y llevaron a cabo lo que individualmente les habría sido imposible” (Freud, p. 143). A la violencia del Padre primordial, como extensión o correlación de un presunto poder ilimitado, reacciona otra violencia, la violencia de los otros, para limitar, pero también para incorporar, mediante el acto de canibalismo, dicho poder. Después de este desenlace parricida se impone el levantamiento del tabú, pues se conmina al establecimiento de un pacto que impida que se reitere la secuencia de violencia que va del despotismo a la sublevación. La prohibición en última instancia recae sobre la violencia en acto. Se aplica tanto a un acto que se presenta como abusivo, como abuso de poder del *Padre Primordial*, como al acto asesino y caníbal contra el padre, ya que este último acto recreaba la violencia del despotismo inicial e iniciático del Gran Padre.

Estos tres componentes de la relación del hombre con la violencia de alguna manera están presentes en la subjetividad de aquellos jóvenes que martirizan y atormentan su cuerpo. Aparece el cuerpo angustiado o culpado, el cuerpo en condición de objeto masoquista sometido por un yo sádico y, de manera culminante, un yo violento que se identifica con el padre de la horda. Advertimos que, en este caso, no se desemboca en acto suicida, sino en una serie, que es persistente, de gestos donde se escarifica, se mutila y se somete el cuerpo a cruentos sacrificios. El martirio del cuerpo recuerda aquellas autoflagelaciones a las que los místicos se sometían como una forma de castigar al cuerpo

por considerarse fuente de tentación y raíz orgánica del deseo. La narrativa moderna supedita a las obsesiones sádicas de la disciplina y el control. La novela de James Joyce, *El Retrato del artista adolescente*, ilustra cómo lo insoportable de la culpa adscrita al desborde del placer obliga a disciplinar punitivamente el cuerpo. Esto se inscribe en un proceso de anulación retroactiva, de tentativa de erradicar de la historia las errancias placenteras del deseo:

Había sido prevenido contra los peligros de exaltación espiritual... y tendía también por medio de una constante mortificación más para borrar su pasado pecaminoso que para adquirir una santidad llena de peligros. Cada uno de sus sentidos estaba sometido a una rigurosa disciplina (Joyce, 1999, p.92)

Este carácter eminentemente ético del martirio del cuerpo lo podemos encontrar de forma destacada en la autobiografía de Cielo Latini (2006) ya referida anteriormente. Su testimonio es la declaración del cortejo de sujeciones violentas ejercidas contra el cuerpo. Ella castiga su cuerpo porque le parece mucho más fácil como “principio” de anorexia, es decir, apelando al doble sentido del término principio: como el inicio de esta experiencia y como aquello que la rige. Afirma que “El sexo con su compañero era salvaje y violento”, puesto que “quería eso: ser maltratada específicamente” (Latini, p. 104). Pretende morirse de hambre como sacrificio a la diosa de la anorexia, a la excelsa “Ana”, causa sagrada de devoción grupal. Evoca la ascesis mística: “*pour communier en Dieu, se fondre dans le Christ, les mystiques se imposaient une terrible ascèse: el corps était la principale cible de ces hommes et de ces femmes pour qui devait être sacrifié à la quête du salut*”⁴ (Gélis, 2005, p. 104). El sacrificio punitivo del cuerpo es la violencia persistente de la anorexia. Esta noción de ascesis llevaría a pensar la reconfiguración del mecanismo de defensa que Ana Freud tipifica en la pubertad *como ascetismo*. Plantea que en el

⁴Para estar en comunión con Dios, para fundirse en Cristo, los místicos se impusieron una terrible ascesis: El cuerpo era el principal objetivo de estos hombres y mujeres que tuvieron que ser sacrificados en la búsqueda de la salvación

adolescente el problema:

no se relaciona con la satisfacción o frustración de especiales deseos instintivos, sino con el goce o renunciamiento instintivos en sí... En general desconfían del goce o placer en sí mismos, y su sistema más seguro consiste en oponer al incremento y apremio de sus deseos las prohibiciones más estrictas (Freud, 1974, p. 170)

Este mecanismo lo considera como una posición defensiva del yo del adolescente ante sus propias pulsiones. Lo sorprendente es que, a su vez, suscita aquello contra lo que se defiende: el goce. En el rigor atroz y feroz de su prohibición el yo adolescente se complace. Este goce se entiende como una experiencia que aglutina la distensión del placer con la tensión del displacer. Plasma la configuración e incidencia de un eros tanático que permite disfrutar del sacrificio y la renuncia, de la frustración y el castigo. Nasio (2006) define de manera contundente este concepto, pieza clave de esta dinámica psíquica: "Goce quiere decir el máximo de tensión, el máximo de gasto, el máximo de exigencia" (p.75). El cuerpo en estado de goce es algo siempre a punto de reventar. Es llevado a un máximo de displacer, a un extremo de resistencia. De este modo, el goce producido por este ejercicio violento hace que en la oscilación pulsional, por la mediación del otro y el cuerpo del otro, confluyan placer y dolor. Dorian Gray ya definía lo que era el goce cuando admitía "una especie de voluptuosidad en el autoreproche" (Wilde, 1999, p. 58).

Latini avista este goce en su apuesta por "ser más dura que nunca" (p. 169) dentro de su cortejo de exigencias anoréxicas. Se vuelve, por esta apuesta, una experta en la valoración médica de la anorexia. Tiene muy claro lo que hay de sistema en esta apuesta de perfección que lleva a un ensañamiento con el cuerpo. Identifica, también en ella, las purgas como método de compensación para aplacar la culpa por permitirse comer, o comer en cierta cantidad que parece inadmisibile:

"cortarse y ver correr sangre, golpearse contra las paredes, tirarse del pelo" (p. 148). También nos remite al régimen evacuatorio, principalmente con sangrías, que se llevaban a cabo para purificar el cuerpo del rey en Francia y "pour mieux l'aider à se défendre"⁵ (Vigarello, 2005, p. 402.) ¿Persiste este afán de depuración, más anímica que corporal, en las anoréxicas? Por eso no sorprende que entre las citas que llegan a la página web de Cielo Latini aparezca una que afirma: "Mi cuerpo es puro...es un pecado corromperlo con comida" (p.152). El mismo cuerpo debe ser siempre aseptizado a través de vómitos o actos de escarificación. Una joven paciente acostumbra martirizarse haciéndose cortes con un vidrio. Debido a que ella "se echa la culpa de todo". Encuentra en esas cortadas una vía de liberación de ese excedente afectivo. Para eso se constituye en su propio verdugo.

No se puede soslayar que este ensañamiento con el cuerpo podría inscribirse en una trama sádica. El sujeto no pretende acabar con su cuerpo de una vez por todas. Las secuencias de violencia contra el cuerpo están pautadas y pausadas. Son memorables y la apuesta consiste en dejar al cuerpo en el suspenso de su inminente aniquilación:

Algo es indudable: la relación sádica sólo se sostiene en la medida en que el otro permanece justo en el límite en el cual sigue siendo sujeto ¿No es verdad acaso que la mayoría de las manifestaciones sádicas, lejos de ser llevadas a su límite extremo, permanecen más bien en el umbral de la ejecución, jugando así con la espera, el temor del otro, la presión, la amenaza, observando las formas más o menos secretas de participación del compañero? (Lacan, 2001, p. 313).

Puesto que el cuerpo hace las veces del otro, más o menos fiable, más o menos obediente, es llevado al límite de existencia en la apuesta violenta. Está a la espera de su abolición, pendiente, suspendido del cuchillo, navaja, o de la

⁵Para que le ayudará a defenderse mejor

dieta extrema. Entonces nos situamos en un ámbito resbaladizo. Es el ámbito de lo perverso, el cual nos recuerda su fondo religioso y moral recubierto por la palabra perversidad: “En el ser humano hay una duplicidad, una << *moral insanity* >>; quiere el bien, cree en él y lo dice, pero hace el mal. Lleva a cabo el acto de pervertere, nos dice su raíz, vale decir, de << tergiversar >> el bien en mal: Lo que era bueno << se desvía >> y se invierte en su contrario; se hablará de efectos perversos” (Julien, 2002, pp. 99-100). En estos casos precisamente nos enfrentamos a efectos perversos que implican e inciden en el cuerpo. El cuerpo como Bien, como propiedad o como algo que podría ser juzgado como un Bien, se transforma en un tremendo mal. Latini atestigua esos efectos perversos al decir: “Hay muchas maneras de abusar de uno mismo y la anorexia también es una de ellas” (p. 257). El paralelismo resulta paradigmático. Quien abusa violentamente de otro experimenta un arrebatado de goce. Y aquel que abusa de su cuerpo haciéndole comer nada o privándole de lo que concibe como “porquerías”, arriba a una sensación jubilosa, gozosa, de victoria implacable. Doblegar al cuerpo como si fuera otro, otro sujeto, suministra una satisfacción poderosa, sadomasoquista. Por eso Nasio (2008) asevera que para las anoréxicas “este dominio insensato del cuerpo constituye un triunfo y su orgullo secreto” (p.60). Este triunfo corresponde al yo que se vive orgulloso de domar su cuerpo. Es también una satisfacción disciplinaria, pues se atiende a una demanda de ideal de severidad. Pero es una satisfacción extrema, exagerada: se disfruta de un cuerpo angustiado, culpabilizado; necesariamente tenso. Dicha satisfacción nos conduce a lo que sobre la adolescencia plantea Hofstein: “Busca bienestar en el exceso” (p.42).

En estos juegos sádicos contra el cuerpo sospechamos que está implicado cierto registro del padre. Nos referimos al registro del *Padre Primordial* violento del mito freudiano, anteriormente indicado. Brinda un efecto de

contraste, pues el padre de anoréxicos, o de chicos que escarifican su piel, en lugar de lastimar da lástima. En algunos pacientes en análisis aparecen expresiones donde el padre se exhibe devaluado, deteriorado. En otros casos, algunos jóvenes que someten su cuerpo a excoriaciones refieren la presencia de un padre débil, torpe o pueril. Aunque en algún momento hayan dado impresión de veleidosos o brutales estos padres finalmente son parte de historias de lo insoportable: “Entonces el sujeto, confrontado con un padre real desvalorizado en el lazo social, sólo mantendrá a este padre vencido por el sacrificio” (Rassial, 2001, pp. 162-163). Los hijos responden consciente o inconscientemente, o a través de sus síntomas, a esta reprobación que recae penosamente sobre el padre.

¿Qué papel juega entonces el Yo de estos sujetos que violentan su cuerpo extremando su resistencia? Podemos decir que asumen el rol de padre violento, de *Padre primordial* despótico. Ejercen una paternidad tiránica sobre su cuerpo.

Étrangement, ce père, comme syntôme abominé, n’a de cesse de faire retour. Il est toujours là. Et, tout retour du refoulé, il se présente sous les contours d’une formation de l’inconscient. Inversement proportionnel à sa dénégation, le père fait signe dans toute sa démesure. Et il fait par le corps, notamment du côté de la postérité, à son point d’efflorescence. Aujourd’hui, les adolescents greffent l’<< objet >> de leur chair, à fleur de peau. Tatouage, scarification, mutilation, piercing, implant... la performance médicale a montré la voie. Le << Phallus >> aujourd’hui, s’implante. Il s’implante sur les chevilles, autour des yeux... dans la tête! Il s’enfile sous la peau, on l’agrafe. Bref, il fait fonction d’écriture. Un peu comme si la méthaphore du père –toujours déjà-la, mais à chaque fois un peu plus étouffé,

devaint maintenant faire scandale pour se faire savoir et trouver à s'inscrire.⁶ (Godefroy, 2011, p.200-201)

La violencia encarnada del padre imaginario evoca un portento de sacrificio divino. En efecto, para la cristiandad, Dios-Padre se encarnó en su Hijo para hacer transmisible su mensaje de redención. Esta encarnación sitúa al cuerpo entre la perfección ideal y el deterioro, entre la inmortalidad y el desgaste real:

Crée a l'image de Dieu, l'homme est la plus belle des créatures et, en particulier, le corps du Christ, homme-Dieu, incarne l'idée de la beauté parfaite. Par la même, le Dieu incarné assume dans sa chair le terrible paradoxe du corps chrétien, image de la perfection créé, témoin de la corruption et de l'abjection de la mort (Arasse, 2005, p. 417-418)⁷

De esta manera, el cuerpo violentado por los adolescentes evoca la conversión somática en la historia de los afectos intolerables, el vaivén pulsional sadomasoquista y la incidencia, diríamos en carne viva, de una identificación con un padre intolerante. En la medida en que el adolescente concibe su cuerpo como "su único bien", se obstina en ejercer su papel de dueño buscando el máximo rendimiento posible. Se conduce con su cuerpo como el padre primordial con su horda, como Jehova con su pueblo. Exigiendo y castigando con rencor desmesurado.

Acotando, difícilmente nuestros adolescentes encuentran espacios para refundarse como sujetos. La sociedad moderna heroifica a los violentos. Éstos son los amos de la virulencia sádica. Al tomar al cuerpo como objeto de poder

cruel, el adolescente se identifica con un padre ideal. Identificación propia de esta época donde tanto los padres como sus significantes se encuentran en declive. Es el cuerpo lo que debe ser aquello más acorde a una ilusión de sometimiento absoluto. Este imperativo crucial ya se reconocía en el ascetismo místico. Sin embargo, es el Yo el que viene a situarse en el lugar de un Dios presumiblemente muerto en la cultura moderna.

Conclusiones

La violencia que se representa como síntoma, en las escarificaciones del cuerpo o en los sacrificios anoréxicos a los que se le somete, se manifiesta bajo una condición desdoblada en el sujeto. Por una parte, se encuentra este yo identificado con ideales de dominio y poder, situados en el gran Padre de la horda. Y por otra parte, está el cuerpo que no responde a estos ideales y que se ve empujado a ajustarse rigurosamente a lo que se le demanda. En tal sentido, esta postura es una respuesta "en acto" a la sentencia de la modernidad planteada por Nietzsche y replasmada por Kristeva: "el creador ha muerto, yo lo remplazo" (Kristeva, 1996, p. 99). Es como si de esta manera el adolescente le aportara a su padre juzgado débil o lastimoso en sus testimonios la dosis de potencia agresiva que se requiere para restituirle autoridad. Esa autoridad que las transformaciones de la modernidad le habrían sustraído.

REFERENCIAS

- Arasse, D. (2005) *La chair, la grâce, le sublime*. En A. Corbin, J.-J. Courtine, & G. Vigarello,

⁷Creado a la imagen de Dios, el hombre es la más bella de las criaturas y, en particular, el cuerpo de Cristo, el hombre-Dios encarna la idea de la belleza perfecta. Por lo mismo, el dios encarnado asume en su carne la terrible paradoja del cuerpo cristiano, imagen de la perfección creada, testigo de la corrupción y de la abyección de la muerte.

⁶Extrañamente, este padre, como síntoma abominado, no cesa de retornar. El está siempre allí. Y, como todo retorno de lo reprimido, se presentifica bajo los contornos de una formación del inconsciente. Inversamente proporcional a su denegación, el padre hace signo en toda su desmesura. Y lo hace por el cuerpo, principalmente del lado de la posteridad, en su punto de eflorescencia. Hoy, los adolescentes injertan el <<objeto>> de su goce directamente sobre el cuerpo. De este modo, el padre <<se incrusta>>. Reaparece en su carne, a flor de piel. Tatuaje, escarificación, mutilación, piercing, implante... la hazaña médica ha mostrado la vía. El <<falo>>, hoy se implanta sobre los tobillos, alrededor de los ojos... ¡en la cabeza!. Se ensarta bajo la piel, se lo engrapa. En pocas palabras, hace función de escritura. Un poco como si la metáfora del padre –siempre ya allí-, pero cada vez un poco más suprimida, debiera ahora ser escándalo para hacerse saber y encontrar donde inscribirse.

- Histoire du corps. 1. De la Renaissance aux Lumières* (Vol. 1). Paris: Seuil.
- Derrida, J. (2001). *La tarjeta postal de Sócrates a Freud y más allá*. México: Siglo XXI.
- Freud, A. (1974). *El yo y los mecanismos de defensa*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1928-30/2000) El Malestar en la Cultura. En S. Freud, Sigmund Freud Obras Completas. (Vol. XXI). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1913/1999). Die Verdrängung. En S. Freud, *Sigmund Freud. Gesammelte Werke* (Vol. X). Frankfurt am Main: Fischer.
- Freud, S. (1905/2000). Tres Ensayos de Teoría Sexual. En S. Freud, *Sigmund Freud Obras Completas*. (Vol. VII). Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (1913-1914/2000). Totem y Tabu. En S. Freud, *Sigmund Freud Obras Completas*. (XIII) Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915/2000). Pulsiones y destinos de pulsión. En S. Freud, *Sigmund Freud Obras Completas*. (Vol. XIV). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915/1999). Triebe un Triebchicksale. En S. Freud, *Sigmund Freud. Gesammelte Werke*. (Vol.X) Frankfurt am Main: Fischer.
- Gélis, J. (2005). Le corps, L'église et le sacré. En A. Corbin, J.-J. Courtine, & G. Vigarello, *Histoire du corps. 1. De la Renaissance aux Lumières*. Paris: Seuil.
- Green, A. (1999). Narcisismo de vida, Narcisismo de muerte. Buenos Aires: Amorrortu.
- Godefroy, H. (2011). Le corps symptôme de l'adolescence. (G. Sapriel, Ed.) *Figures de la psychanalyse. Direction de la cure* (21). Logoss Ananké. Paris: Érès.
- Hofstein, F. (2005). *El amor del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva Visión
- Julien, P. (2002). *Psicosis, perversión, neurosis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Joyce, J. (1999). *Retrato del artista adolescente*. México: Porrúa.
- Kristeva, J. (1996). *Al comienzo era el amor*. Barcelona: Gedisa
- Lacan, J. (2010). *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis 1964*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2001). *Los escritos técnicos del yo*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1972). ...Ou Pire. Leçon du 21 juin 1972. Versión Electrónica.
- Latini, C. (2006). *Abzurdah*. Buenos Aires: Planeta.
- Nasio, J. (2008). *Mi cuerpo y sus imágenes*. Buenos Aires: Paidós
- Nasio, J. (2006). *Los gritos del cuerpo*. Buenos Aires: Paidós
- Rassial, J-J. (2001) El sujeto en estado límite, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Vigarello, G. (2005) Le corps du roi. En A. Corbin, J.-J. Courtine & G. Vigarello. *Histoire du corps. 1. De la Renaissance aux Lumières*. Paris: Seuil.

Recibido: 18 de abril del 2011

Aceptado: 1 de junio del 2011